

servas por Inglaterra, como sabemos, se determinó que sólo comprendiera la Morea, las Cicladas y las provincias de tierra firme situadas entre la embocadura del Sperquio y la del Aspro-Potamo, quedando fuera la Acarnania.

Grecia era ya libre. El polvo impalpable de los Milciades, de los Temístocles, de los Leónidas, de los Epaminondas, debió de estremecerse de gozo. Los pronósticos de Byron se habían cumplido. ¡Lástima que el gran poeta no hubiese estado allí para celebrar la resurrección del heroico pueblo en estrofas inmortales!



CAPÍTULO VIGÉSIMO-PRIMERO

Fin de la pentarquía. — Las reformas en Inglaterra.

o habiéndose dispuesto nada en punto á la sucesión de la corona de Portugal al ser reconocido don Pedro emperador del Brasil, la muerte de Juan VI, ocurrida el diez de Marzo de mil ochocientos veintiséis, hizo surgir graves complicaciones entre nuestros vecinos. Viendo cercano su fin, don Juan había nombrado regente del reino á su hermana doña Isabel, en unión de un consejo, hasta que resolviese su hijo promogénito, ya que éste no podía aceptar la herencia por vedárselo la Constitución del Brasil. Don Pedro, en efecto, transfirió sus derechos á la corona lusitana; pero no los cedió á su hermano don Miguel, como pretendía el partido apostólico, de quien el hijo segundo de don Juan era ídolo y jefe, según queda dicho en otra parte, sino á su hija doña María de la Gloria, de edad de siete años. Al propio tiempo, otorgó una constitución á Portugal, y queriendo conciliar en bien del reino todos los intereses y opiniones, desposó á su hija con su hermano don Miguel, cuya índole perversa no conocía á fondo. Decidió también don Pedro retener consigo á su hija, hasta que fuese mayor de edad, y que don Miguel se hiciese cargo de la regencia cuando cumpliera los veinticinco años, debiendo, en el intermedio, gobernar el reino doña Isabel, con el consejo instituido por don Juan. En las cortes absolutistas causó profundo disgusto la solución dada al conflicto por el emperador del Brasil. Se figuraban haber soterrado la causa del liberalismo, y he aquí que de pronto veían levantarse otra vez al espectro constitucional donde menos podían esperararlo, en el extremo del Continente, siendo lo peor que

era la autoridad legítima quien lo resucitaba y que en el suceso se descubría claramente la mano de Inglaterra, ó, por mejor decir, de Canning. Metternich, enfurecido ante el nuevo fracaso de su política, no reparó en sentar el absurdo principio de que ni los mismos reyes legítimos estaban autorizados para conceder constituciones á sus pueblos: no podía concebirse más fanática ceguedad. Alentados por él, los apostólicos mandados por el pertinaz Amarante, que ahora ostentaba el título de marqués de Chaves, protestaron de la legalidad de los actos ejecutados por don Pedro; dijeron que don Miguel era el verdadero rey, y se alzaron en armas para apoyar sus pretendidos derechos. Batidos en diferentes encuentros refugiáronse en territorio español, donde Fernando VII, de acuerdo con Metternich y temiendo él mismo que el contagio constitucional se propagase á España, en lugar de internarlos, como era su deber, les facilitó casi públicamente los medios de volver á empezar. Fernando había observado, desde el primer momento, una conducta pérfida y hostil hacia la regencia de Lisboa, negándose á reconocerla. Doña Isabel reclamó á la corte española por el apoyo que dispensaba á los facciosos de su nación; pero el gobierno de Madrid no quiso recibir al enviado portugués y contestó con evasivas y falsas explicaciones. El embajador inglés en nuestra patria, Carlos Lamb, representaba á Fernando la obligación que tenía de ajustar su conducta al derecho de gentes; mas el rey español se desentendía de sus consejos y advertencias, animado en secreto por el marqués de Moustier, ministro de Francia, el cual, por complacer á los *ultras*, sus amigos, echaba á un lado las prudentes instrucciones de Villele. Canning recogió el guante que le arrojara Metternich; empero, antes de intervenir de un modo directo en los asuntos portugueses, trató de explorar las intenciones de Francia, Prusia y Rusia. En cuanto á la primera, se convenció, en un viaje que hizo á París, de que ahora, como en mil ochocientos veintitrés, los *ultras*, arrastrarían á Villele, y tocante á la segunda, aunque ya bastante apartada de Austria, inclinóse en esta ocasión á su política y rehusó comprometerse. En cambio, el emperador Nicolás aprobó formalmente los planes del ministro inglés. A primera vista, se creería esto un contrasentido inexplicable; pero hay que advertir que el Czar era también *oportunist* á sus horas, como Canning. Así es que, pasando por alto su odio al parlamentarismo de que la Gran Bretaña se erigía en campeón, declaró paladinamente que Inglaterra contaba con su asentimiento y su concurso; dió á su agente diplomático en Madrid instrucciones semejantes á las transmitidas de Londres á Carlos Lamb, y repitió que el gobierno británico debía ejercer influjo predominante en Portugal, si bien agregó, y aquí estaba la clave de su conducta, que Rusia se hallaba en iguales condiciones respecto al imperio otomano.

Fuerte Canning con la adhesión de Rusia, que neutralizaba la malquerencia de las cortes de Viena y Berlín y la ojeriza de los reaccionarios franceses, pronunció en la Cámara de los Comunes un discurso lleno de ardor y entusiasmo juveniles, á pesar de los

achagues que destruían su naturaleza, anunciando á la nación y al mundo entero que el gobierno inglés había decidido acudir al grito de auxilio de la regencia inerte de Portugal. «Plantaremos, dijo, el estandarte inglés en las torres de Lisboa, que ya nos conocen, y allí donde se despliegue al viento, jamás se establecerá ningún poder extranjero». En su consecuencia, se dispuso una expedición, que echó anclas á fines de mil ochocientos veintiséis en la embocadura del Tajo; las bandas absolutistas fueron pronto aventadas por los soldados ingleses, y para más seguridad, se convino en que el ejército británico ocupase la capital del reino y la ciudad de Oporto, hasta tanto que los franceses no hubieran evacuado á Cádiz y Barceloná, donde aun estaban. Por desgracia, ocurrió en esto la muerte de Canning, que al expirar, murmuró: «España y Portugal». Sin duda amargó sus últimos instantes la consideración de no haber tenido tiempo de ampliar y consolidar su obra.

Metternich, libre ya para siempre de su formidable enemigo no tuvo más pensamiento que el hacer prevalecer otra vez sus principios en Portugal; valiéndose del infante don Miguel, el cual estaba desde hacía tres años en Viena; donde se habían afirmado sus ideas absolutistas bajo las inspiraciones del Emperador Francisco y su canciller. Era un vicioso, tan dado á la crápula y corrompido, que la policía austriaca necesitaba vigilarlo constantemente para impedir sus brutales excesos, esto sin contar con que, á la edad de veintiún años, ignoraba aun las primeras letras. Metternich, sin embargo, le ponía en las nubes, diciendo que se hallaba animado de los sentimientos más nobles y generosos, y que, en sus tres años de estancia en Viena, había adquirido la madurez de juicio indispensable para desempeñar dignamente su elevada misión. Acababa de llegar á la mayor edad, y conforme á lo prevenido por don Pedro, salió con dirección á Lisboa para hacerse cargo de la regencia. Por consejo de Metternich, que quería evitar á todo trance los conflictos ruidosos, escribió al Emperador del Brasil, su hermano, protestando de su absoluta fidelidad á lo dispuesto por él como heredero legítimo del trono portugués; juró la constitucion, y anunció sus esponsales con su sobrina, la nieta del Emperador Francisco. Para ir á su patria, tomó el camino de Londres, donde aseguró, ante el Rey de Inglaterra, que, si faltaba á la constitución que había aceptado, sería un perjuro, un usurpador, un miserable. En Lisboa volvió á jurar la constitución, mas todo aquello no era sino farsa indigna y tan luego se vió dueño del mando y las tropas inglesas se partieron, anuló la ley fundamental y convocó Cortes por brazos, á la uzanza de la Edad Media. La asamblea, elegida y compuesta de modo tan anticuado y que, además, había sido cuidadosa y arbitrariamente expurgada, le proclamó Rey, siendo reconocido por tal en todo el reino, menos en las islas Azores y en la de Madera, que permanecieron fieles á doña María de la Gloria. Venía ésta para Europa, por disposición de su padre, y cuando en la travesía se enteró de lo ocurrido en Portugal, determinó, por consejo de los que le acompañaban, ir á

desembarcar en Inglaterra. Wéllington recibió á la joven reina con los honores debidos; pero lejos de desenvainar la espada en su defensa, hasta impidió un desembarco que los refugiados ingleses, dirigidos por Saldanha, intentaron verificar en la isla Tercera. Don Pedro, entonces, mandó regresar al Brasil á doña María. Como hemos dicho, las Azores y la Madera se negaron á acatar la autoridad de don Miguel, y en las primeras se formó un centro de resistencia. El usurpador envió su escuadra contra ellas, pero las tropas expedicionarias no pudieron tomar tierra. Sobrevino á poco el destronamiento de Carlos X, que privó á don Miguel de un aliado muy útil, y con esto, la venida de don Pedro á Europa y el brío que cobraron las corrientes liberales, cambió el curso de los sucesos, según á su tiempo se dirá.

Mientras en el otro reino de la Península se planteaba de nuevo, como acabamos de referir, la cuestión entre el absolutismo y la libertad, nuestra patria, menos afortunada, sufría sin intermitencias el poder despótico de Fernando VII. No obstante, algo llegó á atenuarse la atroz tiranía del rey deseado, merced á los excesos mismos de los apostólicos y al interés personal del monarca. Las comisiones militares, instituidas para condenar, que no para juzgar, á los constitucionales, cometieron tantos atropellos que el ministro Zea Bermúdez y don Luis Fernández de Córdoba se decidieron á representar con energía al Rey acerca de su incalificable conducta, atreviéndose á decir el segundo, «que la justicia administrada por aquellos odiosos tribunales tomaba el carácter de una venganza horrible y furiosa que tenía consternado al país y afligido á sus buenos servidores, y que el decoro de las insignias militares que S. M. misma vestía, pedía con urgencia la supresión con tanto anhelo deseada.» Fernando VII, cediendo, ó aparentando ceder, á los consejos de la razón, suprimió las execradas comisiones.

A pesar de este y otros contratiempos que experimentaron, mostrábanse los ultra-realistas de cada vez más pujantes y ensoberbecidos, é irritados con el blando freno que se procuraba poner á sus demasías, formaban proyectos y conjuras que tenían raíces en el mismo palacio de Madrid. El general Bessieres, muy querido del monarca, se alzó en armas en la provincia de Guadalajara, en Agosto de mil ochocientos veinticinco, haciendo propalar las voces de que los masones habían ganado la voluntad del Rey, y aunque el país no respondió al llamamiento y Bessieres fué aprehendido y fusilado con los oficiales que le siguieron, pudo traslucirse, por algunas palabras que á aquel se escaparon, la extensión y complejidad de la trama, que aun hoy en día está envuelta en el misterio. Con la intentona de Bessieres, coincidieron algunos disparos en Zaragoza, sofocados con firmeza por el general Bassecourt. También en Granada se había urdido otra conjuración, de que era cabeza don José Manuel Morales, el cual, habiéndole faltado el auxilio de la tropa, fué preso y ajusticiado. Por último, en Tortosa proyectaron los descontentos apoderarse del castillo, frustrándose la conspiración, en que entrara el obispo don Víctor

Saez, por la lealtad y arrojo del oficial encargado de guardar la fortaleza. Las medidas rigurosas que el gobierno, cuya alma era el famoso don Tadeo Calomarde, aplicó á los apostólicos, estaban, al menos, disculpadas por las negras maquinaciones del aborrecible bando; pero no ocurría lo propio con el feroz tratamiento que simultáneamente infligía á las personas de ideas liberales, ó que se recelaba que las profesasen. Encerrado en una especie de jaula de hierro, en que de vez en cuando se le sacaba á la plaza de Roa para que la plebe lo apedrease y escarneciese, esperaba el Empecinado la conclusión del proceso que se le formara, imputándole falsamente haber permanecido con las armas en la mano después de recobrada la libertad por el Rey. El corregidor de Roa le condenó á muerte; Fernando confirmó el fallo, y el heroico caudillo de la guerra de la Independencia pereció en la horca como un infame foragido. En la triste suerte deparada al bravo guerrillero por el despotismo de Fernando VII, la injusticia fué tan grande como la crueldad, y ésta no menor que la ingratitud. Ahorcados murieron también los individuos de una logia masónica descubierta en Granada: los tribunales del rey absoluto no conocían otra pena.

Los acontecimientos de Portugal exaltaron á los realistas puros, y como Fernando VII, temeroso ya de su osadía, tuviese que inaugurar una política más templada, esparcieron la voz de que trataba de transigir con los liberales, y en juntas y reuniones secretas se discutió formalmente la idea de dar la corona á quien se encontrara libre de tales acusaciones, es decir, al infante don Carlos, esperanza de los apostólicos, el cual, sin autorizar personalmente tales intrigas, en cuanto tendían á privar del cetro á su hermano, las dejaba nacer y robustecerse, mientras su consorte, menos escrupulosa ó cauta que él, las fomentaba sin reparo. A principios de mil ochocientos veintisiete, la llamada Federación de realistas puros, que era antes la sociedad de *El Angel exterminador*, circuló un manifiesto, dirigido al pueblo español, sosteniendo que era preciso elevar al trono al infante don Carlos: escrito que Calomarde atribuyó, para no malquistarse con los apostólicos y conservar la confianza de Fernando VII, á los liberales de Gibraltar. La insurrección realista, de que aquella proclama era como el anuncio, estalló el mes de Julio en Cataluña, con el carácter de cruzada contra los liberales. El Rey, que no había evitado que el complot se fraguara muy cerca de su trono y de quien se sospecha que dirigió instrucciones reservadas para alentar el movimiento, comprendió la necesidad de contenerlo, al ver correr de boca en boca el nombre de don Carlos como bandera de la rebelión. Envío, pues, numerosas fuerzas al Principado, al mando del conde de España. De Cataluña saltaron chispas á otros puntos de la Península, pero en ninguna parte tomó la revuelta las proporciones que allí. En Manresa se constituyó una junta, para atizar y propagar el incendio, que, en efecto, prendió con furia en Lérida, Tarragona, Reus, Cervera, Vich, Gerona y Solsona. La corte llegó á conmoverse, y su alarma creció de punto al recibir la